

CULTURA | ESCENARIOS

El desbordante deseo de la Fedra de Emma Vilarasau conquista el Romea

La pasión griega

EDICIÓN IMPRESA CULTURA | 27/01/2015 - 00:00h

JUSTO BARRANCO
Barcelona

La Vilarasau brilla menos cuando se arrastra por la tristeza y está radiante cuando estalla de deseo

Grecia parece decidida a hacerse con las noticias estos días. Unas elecciones decisivas para Europa, un gran cantante muerto, un avión de combate estrellado... y por supuesto la eterna tragedia griega, sus eternos mitos, como el de Fedra, la mujer enamorada del hijastro de su marido, Teseo. Una Fedra henchida de deseo, de celos y de aterradora culpa que subió anoche al escenario del teatro Romea en uno de los estrenos que más expectación suscitaban esta temporada: una Fedra encarnada por Emma Vilarasau y dirigida por Sergi Belbel, quien ha traducido también la obra del siglo XVII del francés Racine manteniendo su verso. El resultado, un sonoro aplauso final -especialmente a Emma Vilarasau y a su confidente, una fantástica Mercè Sampietro- para una obra con momentos estelares y otros menos logrados, especialmente en un principio que pudo resultar algo moroso.

El conseller de Cultura, Ferran Mascarell, Judit Mascó, Josep Maria Benet i Jornet o Abel Folk no quisieron perderse el estreno de una obra que resulta sin duda todo un desafío: un clásico en verso en un teatro privado. Un clásico de pasiones desbordadas que Sergi Belbel ha querido llevar a escena con un escenario muy mediterráneo, muy griego y muy esencial. Un enorme sol preside la escena -después de todo Fedra es la nieta del sol- en el que se amontonan la tierra y las piedras como en una playa que desborda los límites habituales del escenario para caer hacia la platea y permitir la salida y entrada de los actores por el pasadizo central del Romea. El sol que da vida, que desborda pasión, comenzará a sufrir un eclipse a la vez que lo sufra Fedra, enferma de pasión, atenazada hasta extremos infernales por la culpa de desear a su hijastro Hipólito... y condenada por decírselo en un momento en el que parece que su marido, Teseo -encarnado por Lluís Soler y su poderosa voz-, ha muerto. Una vez confesado ese amor prohibido socialmente, la tragedia está servida.

Vilarasau brilla menos cuando se entrega a la ebriedad -a veces rozando la drogadicción- de la tristeza por una situación que sabe que tiene todos los números para acabar mal. O muy mal. Y está radiante, explosiva, estelar, cuando desborda pasión y deseo, cuando se convierte en una loba celosa, cuando estalla en escena y, por ejemplo, muestra su exuberante pecho para que Hipólito lo atraviese con su espada. O para que lo desee. Cuando se llena de felicidad porque cree que todo es posible. O cuando grita desgarrada, al saber del amor de Hipólito por otra: "¡Son felices!". Porque en ese sentido esta tragedia griega, como tantas otras cosas griegas, es eterna.